



**Facultad de Psicología**  
**UNR** Universidad  
Nacional de Rosario

**Trabajo Integrador Final**

**Ensayo**

**El odio: una aproximación a su función en la constitución del yo y  
del lazo social**

**Victoria Luisetti**

**Legajo L-5372/4 DNI 40.119.027**

**Docente responsable: Jaime Fernández Miranda**

**2025**

## **Agradecimientos**

A mi familia, a mis amistades y a Shanti, compañero de estudio y guardián de mis apuntes.

## Índice

Resumen.....	3
Introducción.....	4
La cuestión del odio.....	6
El odio como lazo.....	7
¿Odio sin salida?.....	11
Conclusiones.....	15
Referencias bibliográficas.....	17

## **Resumen**

Este ensayo aborda la función del odio como mecanismo de lazo en la era digital, explorando cómo las redes sociales y los algoritmos potencian la polarización y la exclusión de la alteridad. A partir de un enfoque psicoanalítico, se analiza cómo el odio surge como una respuesta originaria defensiva ante lo percibido como displacentero, pero también se transforma en un lazo social que une a individuos en masas articuladas por un enemigo común. Se examina el papel de los algoritmos en la creación de burbujas informativas que refuerzan creencias preexistentes y excluyen perspectivas diferentes, reduciendo la alteridad a un objeto odiable. A través de referencias teóricas principalmente freudianas, se desarrolla la idea de que el odio no solo separa al sujeto de lo que rechaza, sino que también lo une a otros que comparten ese rechazo, al tiempo que mantiene una ligazón paradójica con el objeto odiado. Se concluye que el odio, lejos de ser un mero afecto negativo, es un indicio de que algo en la relación del sujeto con el mundo exterior puede ser trabajado y elaborado de otra forma, abriendo la posibilidad de movilizar lazos más creativos y menos polarizados.

**Palabras clave:** odio - identificación - lazo social - redes sociales - formación del yo

## Introducción

Con el surgimiento de las redes sociales, a principios de los 2000, emergieron nuevas formas de expresión que, poco a poco, se integraron en nuestra vida cotidiana, ganando tanto espacio como protagonismo en el día a día. Los discursos y opiniones se propagan veloz y fugazmente por el ciberespacio, dando la sensación de estar llevando adelante intercambios con otros y generando lazos. Sin embargo, un hecho llamativo en los últimos años es el tinte que fueron tomando muchas de estas expresiones. El odio comenzó a ocupar un lugar especial en las declaraciones y exposiciones virtuales. Sumado a esto, el algoritmo va favoreciendo una división, una polaridad, entre las propias opiniones, entendidas como verdades, y lo que no forma parte de ellas o que llega a contradecirlas: lo falso. Así, los matices intermedios desaparecen.

De estas observaciones se desprenden dos fenómenos: primero, la alteridad toma, entonces, el lugar de lo odiado, conformándose el odio como el lazo que liga al yo con su objeto. Segundo, simultáneamente, se va conformando una masa de individuos que se convocan e identifican entre sí a partir de odiar lo mismo. Por lo tanto, el odio liga al yo con su objeto y, a su vez, le permite formar parte de una masa.

Las principales categorías específicas a trabajar serán las de la formación yo y las identificaciones, elementos sobre los cuales se analizará cómo se ven afectados dentro del contexto descrito, es decir, donde se encuentra el odio operando como conductor común: cómo el odio hacia determinados objetos o ideas está relacionado con el daño percibido a la propia persona o la amenaza a la masa (y consiguientemente, la ilusión de completud).

El problema radica sobre el modo de vinculación que se forma a través de un discurso donde el odio es el punto común entre los diferentes individuos. En otras palabras, la problemática a indagar es la función del odio como modo de vinculación.

En este trabajo, se abordará de qué manera la alteridad se ve reducida dentro de una realidad diseñada a medida, en relación con la indagación sobre la función del odio. Como se mencionó más arriba, estos modos de hacer lazo se ven potenciados por el algoritmo que favorece la polarización. El sujeto se encuentra *casualmente* con ideas que ya tenía en mente, con gente que piensa y odia lo mismo. La *verdad* y lo que *está bien* es lo que se ve en la pantalla. Pero si se hace presente algo distinto pueden pasar varias cosas: un intento será el de asimilarlo, volverlo parte del *propio bando*, si esto no sucede, pasará a ser clasificado como odiado, o correrá la suerte de ser objeto de indiferencia.

Éric Sadin (2022) plantea que hoy el espíritu de época, el *ethos*, no está marcado por la voluntad de actuar positivamente sobre el curso de las cosas, o sea, de construir y modificar virtuosamente las diversas situaciones, sino que lo distintivo es el resentimiento y

la necesidad impulsiva de liberarse de ellas. Entonces, siguiendo esta línea, al otro hay que convencerlo o expulsarlo y no, en su lugar, generar un intercambio de opiniones en pos de crear, modificar algo o de la autorreflexión.

El que plantea un modo distinto de pensar es odiado, y si odiamos lo mismo somos masa. Respecto a la posibilidad del odio como conductor de una masa, Freud (2017) escribe que el conductor o la idea conductora podrían volverse también, digamos, negativos. Nos dice que el odio a determinada persona o institución podría producir igual efecto unitivo y generar parecidas ligazones afectivas que la dependencia positiva.

¿Por qué se odia lo que se odia? Una primera idea es que se trata de un objeto que –se cree– produce un daño o perjuicio a la propia persona, o quizás, que produce un tambaleo en el armado de la propia imagen que llevaría al cuestionamiento de lo propio.

El objetivo es exponer diferentes ideas sobre lo planteado desde una perspectiva crítica, cuya base epistemológica es el psicoanálisis, utilizando principalmente referencias de este enfoque, aunque también se recurrirá a material de otros campos, como la filosofía y la literatura.

La relevancia de este escrito, respecto a la práctica en psicología, o más específicamente en psicoanálisis, radica en poder ofrecer una perspectiva contemporánea sobre el sujeto que se presenta en el ámbito clínico. Este sujeto llega acompañado de su recorrido por contextos, virtuales y materiales, en los que el odio desempeña un papel importante en su relación con los demás.

## La cuestión del odio

La interrogante sobre el odio invita a preguntarse si debe entenderse como una pasión o un afecto. Según la RAE, 'odio' proviene del latín *odium*, que tiene relación con la idea de aversión o repulsión intensa, mientras que *pasión* proviene del latín *passio*, que se traduce del griego *πάθος* (páthos), y describe un estado emocional intenso que afecta al sujeto, generalmente de manera pasiva, en contraste con la acción. Por su parte, afecto deriva del latín *affectus*, de *afficere*, que significa "afectar" o "influir en". Aunque ambos términos puedan parecer contradictorios, se puede argumentar que el odio refleja una complejidad en la que se conjugan elementos de ambos: es aquello que no pertenece al sujeto, pero que lo afecta constantemente. La cuestión del odio implica una faceta activa y, al mismo tiempo, constituye al sujeto, lo determina y lo posiciona frente al mundo de una manera particular.

Se explorará la cuestión del odio partiendo del texto freudiano "Pulsiones y Destinos de Pulsión" de 1915, donde el odiar tiene un sentido originario: se odia al mundo externo que es percibido como hostil. Siguiendo el texto mencionado, al comienzo hay una indiferencia hacia el mundo exterior, se trata de un momento de autoerotismo o. Sin embargo, el yo recibe del mundo exterior objetos como consecuencia de sus vivencias, respecto a los cuales, por un tiempo, serán distinguidos como displacenteros ciertos estímulos pulsionales interiores. Sin embargo, al interior del yo, se lleva adelante un desarrollo del principio de placer: el yo recoge los objetos que llegan del mundo exterior, en la medida en que son placenteros, serán introyectados, mientras que a los que ocasionan displacer, se los expelle. Entonces, señala Freud (2013a) "Así, a partir del yo-realidad inicial, que ha distinguido el adentro y el afuera según una buena marca, se muda en un yo-placer purificado que pone el carácter del placer por encima de cualquier otro" (p.130). Esta cita destaca cómo, según Freud, el yo se desarrolla desde una percepción inicial de realidad hacia una estructura más compleja centrada en la búsqueda del placer. Esto implica que el yo no solo responde pasivamente a estímulos, tanto internos como externos, sino que activa un proceso interno donde busca maximizar el placer y minimizar el displacer.

El "yo-placer purificado" al que Freud se refiere representa una transformación en la que el yo se esfuerza por mantener una experiencia interna placentera, rechazando activamente lo que provoca malestar. Esta idea es crucial porque muestra cómo el odio, en este contexto, surge como una respuesta defensiva: el yo expulsa o rechaza aquello que amenaza su equilibrio placentero, lo que puede traducirse en odio hacia estímulos externos percibidos como hostiles.

Además, esta cita puede abrir la puerta a una discusión sobre cómo el odio no es un elemento aislado, sino parte de un proceso más amplio donde el yo intenta preservar su integridad. El resultado, en este momento, es que el mundo exterior “se le descompone en una parte de placer que él se ha incorporado y en un resto que le es ajeno” (Freud, 2013a, p.130). Del propio yo se ha desprendido un componente, por causar displacer, ser sentido como hostil, que se localiza ahora en el exterior.

Por lo tanto, ese mundo exterior de objetos, al cual el yo era indiferente en el autoerotismo, ahora pasa a coincidir con lo displacentero. La indiferencia se subordina al odio, es su precursora. Con el ingreso del objeto a la economía del yo nos encontramos ya en la etapa del narcisismo primario, en la cual ya se despliega también una de las antítesis del amor: el odiar.

Sólo más tarde, el objeto puede revelarse como fuente de placer, al cual uno intenta acercarse e incorporar al yo, es decir, se lo ama. A la inversa, si el objeto es fuente de displacer, se intenta aumentar la distancia entre él y el yo, imitando ese intento originario de huida de la hostilidad exterior. De este modo, para el yo-placer purificado el objeto sigue coincidiendo con el exterior. “Sentimos la «repulsión» del objeto, y lo odiamos; este odio puede después acrecentarse en la inclinación a agredir al objeto, con el propósito de aniquilarlo” (Freud, 2013a, p.131). Entonces, en este sentido freudiano, el odio se corresponde con la lucha del yo por conservarse y afirmarse, para lo cual es necesario eliminar todo aquello que atente contra este propósito. Así, el odio se vincula con la aniquilación al objeto y funciona como un operador de separación respecto de aquello que es vivido como amenazante para el yo.

## **El odio como lazo**

Una vez explorada la cuestión del odio, resulta interesante indagar acerca de su función en la formación de lazo con el otro. En “El malestar en la cultura”, Freud (2014c) nos señala que la cultura estimula las identificaciones para poder generar lazos amorosos de metas inhibidas. Vivir en la cultura implica frustraciones, y una de ellas es la renuncia a las inclinaciones que puedan llegar a perturbar o disolver los vínculos. No obstante, Freud (2014c) menciona que existe una alternativa a la total renuncia: la posibilidad de que las personas se congreguen a costa de que otros queden fuera y así poder manifestar hacia ellos las inclinaciones perturbadoras, al mismo tiempo que es facilitada la cohesión entre individuos dentro de una masa libre de “perturbaciones”.

Entonces, la cultura pretende ligar entre sí a los miembros, valiéndose de todos los medios para promover fuertes identificaciones entre ellos, pero un interrogante se

desprende y es sobre qué base se producen estas identificaciones si no hay un conductor. Para reflexionar, puede ser útil la siguiente cita de Umberto Eco: “Ahora bien, el sentimiento de la identidad se funda en el odio, en el odio hacia los que no son idénticos (...) El enemigo es el amigo de los pueblos (...) El odio es la verdadera pasión primordial” (2010, p.102). Entonces, se puede establecer que ese objeto exterior al que se dirigía el odio originariamente y que se buscaba eliminar, ahora se transforma en el punto que articula a una masa. El otro, aquel al que se dirige el odio, encarna el afuera perjudicioso, porque es diferente y atenta contra la propia persona. Si bien pueden existir referentes, no hay un ‘conductor’ del que dependa la cohesión, sino un objeto común a odiar. Entonces, este otro que puede hacerme daño se vuelve necesario: es preciso que exista una alteridad a odiar para que podamos formar una masa. No importa tanto el objeto en sí, sino que uno pueda ligarse a él a través del odio. Así, el odio no funciona como separador, o eliminador, sino como lazo.

Esto recuerda al Dilema del erizo, escrito en 1851 por Schopenhauer. Proviene de una fábula que ilustra cómo los erizos, cuando se acercan demasiado entre sí para buscar calor, se pinchan con sus espinas, lo que les lleva a separarse para evitar el dolor. Esta metáfora sirve para pensar la dificultad en el establecimiento de lazos dada la tensión existente entre la necesidad de reconocimiento del otro y la lucha por conservarse. El odio funciona como posible solución a esta ambivalencia: se establece una distancia con aquello que amenaza a lo propio, a la vez que se lo sostiene como objeto. En otras palabras, el odio separa, pero al mismo tiempo une.

Se puede pensar, desde otro lugar, lo que plantea la teoría de los conjuntos. Para que se forme una masa es necesario que exista un elemento excluido. Este elemento, paradójicamente, sería el conductor, aquello que, a pesar de su relevancia en el proceso, es precisamente el que queda fuera. La idea central es que la inclusión y la exclusión son procesos complementarios y esenciales en la formación de cualquier masa, donde la existencia del todo depende, en parte, de aquello que queda excluido.

En este punto, resulta interesante retomar la función del juicio de atribución que Freud (2014a) desarrolla en su texto “La negación” . Allí establece una diferenciación entre dos clases de juicio: un juicio de atribución y un juicio de existencia. En otras palabras, esta distinción puede pensarse como la realización de dos decisiones fundamentales. La primera decisión consiste en atribuir o despojar una propiedad a un elemento determinado. Esto implica un proceso en el cual el yo evalúa y decide si una característica particular debe ser asociada con un objeto o, por el contrario, si dicha característica debe ser retirada. Posteriormente, el juicio debe decidir si admite o impugna la existencia misma de la representación de dicho elemento. Freud ilustra este proceso con el ejemplo de la frase: “Quiero introducir esto en mí o quiero excluir esto de mí” (2014a, p. 254). Este ejemplo

refleja claramente una oposición binaria entre el adentro y el afuera, el interior y el exterior, estableciendo una dinámica fundamental en la construcción del yo.

Este proceso dual sugiere que el yo-placer originario busca introyectar lo que es percibido como bueno o deseable, mientras que simultáneamente intenta expulsar lo que es considerado malo o dañino. Así, el sujeto realiza una operación constante de selección y rechazo, donde el juicio juega un papel central al decidir qué debe ser aceptado y qué debe ser rechazado.

La segunda decisión del juicio, según Freud (2014a), se refiere a la existencia real del objeto representado en el mundo exterior. En esta etapa, el juicio trasciende la simple evaluación de si lo percibido es aceptable o no, y aborda una cuestión más ontológica: si esa representación tiene correspondencia con una realidad exterior que pueda ser verificada. No se trata únicamente de decidir si lo agradable o lo hostil debe ser acogido dentro del yo, sino de establecer si esa representación puede, efectivamente, ser reencontrada en la realidad concreta. Freud escribe: "(...) originariamente ya la existencia misma de la representación es una carta de ciudadanía que acredita la realidad de lo representado" (2014a, p.255). Esta afirmación subraya que la mera existencia de una representación en la mente implica, en cierta medida, la validación de su existencia en el mundo exterior.

Siguiendo esta línea de pensamiento freudiana, puede plantearse que el elemento excluido, mencionado más arriba, se forma precisamente a partir del juicio de atribución. Primero, el proceso implica la creación mental de la representación de aquello que es rechazado o excluido. Posteriormente, se produce un segundo efecto: el reconocimiento o afirmación de la existencia real del objeto al reencontrarlo en la realidad exterior. Así, el juicio no solo configura la exclusión, sino que también refuerza, de manera paradójica, la existencia del objeto rechazado, y ahora odiado, al considerarlo como una posibilidad real en el mundo externo, hacer coincidir con la realidad lo que fue representado, o sea, se le da existencia a aquello que a priori fue planteado en términos de atributos.

En un artículo, Fernández Miranda (2023) escribe "Notemos el carácter paradójico que tiene el lugar del enemigo: se desea su destrucción, pero esto significaría la disolución del lazo al interior de la masa" (párr.17). Se abordará un punto de esta cita: la noción de 'enemigo'. Esos otros a los que se odia son justamente enemigos y no, por ejemplo, competidores, puesto que frente a estos últimos se abriría la posibilidad de un debate o discusión, es decir un intercambio que pudiese resultar en otra cosa. En la misma línea, Sadin (2022) plantea que existe un otro que se erige como la figura capaz de romper las representaciones que uno ha construido sobre sí mismo, y que, justamente por esta razón, queda desde entonces destinado a ser encasillado sistemáticamente en una clasificación rígida. Con el enemigo lo que se persigue es el convencimiento de que la propia posición es

la idónea y por eso los otros deben pensar igual, y, de no lograrse este cometido, se busca eliminarlos. Sin embargo, lejos de eliminarlos, se insiste en sostener su existencia. Se trata de la construcción constante de un enemigo que reafirma al yo.

Las redes sociales son un terreno fértil en este sentido. ¿Por qué? Las plataformas digitales funcionan como espejos que se retroalimentan constantemente de las interacciones de los usuarios con los contenidos que se presentan. Cada acción realizada, ya sea un "me gusta", un comentario, un compartido, una conversación por chat o incluso el simple hecho de ignorar un contenido y pasar al siguiente, es registrada y transformada en datos. Estos datos permiten crear perfiles cada vez más detallados y específicos de los usuarios, adaptándose a sus intereses, preferencias y opiniones. Además, se cuantifican factores como el tiempo de visualización y el tipo de contenido con el que el usuario interactúa, lo que permite a los algoritmos aprender y ajustarse a las dinámicas de comportamiento de cada individuo.

Este proceso de retroalimentación continua no solo tiene como objetivo personalizar la experiencia, sino también mantener a los usuarios el mayor tiempo posible dentro de la plataforma. La lógica detrás de esta estrategia es sencilla: mientras más tiempo pasa un usuario en la plataforma, más datos se generan, lo que permite que el algoritmo mejore su capacidad de ofrecer contenido dirigido, adaptado de manera cada vez más precisa a sus gustos y necesidades. A medida que la atención del usuario se sostiene, el sistema no solo le ofrece contenidos que considera atractivos, sino que también incrementa la cantidad de publicidad, creando un ciclo constante de recolección y análisis de datos. Se despliega todo el marketing que dice 'esto es lo que querés'.

El algoritmo se vuelve viento a favor del odio, dado que lo fomenta ofreciendo el resguardo de una pantalla, a través de un recorte que se va realizando del mundo exterior, 'eliminando' todo aquello distinto, toda alteridad, que no coincide con uno mismo. O, en todo caso, el objeto odiado es mostrado y reafirmado en su condición de hostil o amenazante. Poco a poco, se va formando la masa, se puede pensar con lo que señala Mariano Caputo:

Pero el sujeto jamás se encuentra solo ante la plataforma. Actúa en ella junto a otros sujetos y en la materialidad de la relación con esos otros se afirman las condiciones espaciales, temporales y lingüísticas de la subjetividad (...) está reconociéndose ideológicamente como sujeto singular, y la misma condición le reconoce a los otros sujetos de la plataforma. (2024, p.187).

Además, las diferentes plataformas incentivan contenidos impactantes y provocadores, debido a su capacidad para generar reacciones intensas. Son moneda común la agresión, el insulto y la burla del que no piensa igual. Se abre de este modo o,

mejor dicho, se cierra un mundo exterior y hecho a medida que nos devuelve nuestra propia imagen, como un espejo que reafirma al yo, a la vez que corrobora al otro como enemigo y el odio hacia la otredad. Esto permite establecer una identidad, la cual justamente depende de la existencia de ese objeto exterior que se odia y que, si bien a primera vista pareciera que se busca eliminar, en realidad se lo sostiene. A modo de recapitulación: por un lado, la masa y las identificaciones en su interior dependen de que se odie lo mismo; por otro lado, la identidad del yo y su afirmación dependen de que exista la alteridad, en este caso, odiable.

¿Por qué se vuelve necesaria esa alteridad odiable? Retomando la virtualidad, actualmente se vive gran parte de la cotidianidad en ella, pasando de publicación en publicación, de un comentario a otro, leyendo, observando y oyendo ecos, casi como prolongaciones de uno mismo desprovistas de toda negatividad. Pero esta realidad aparentemente reconfortante tiene un doble filo, porque si todo es yo, nada es yo, sino que se vuelve un plasma indiferenciado, el yo se convierte en un eco vacío de singularidad. ¿Cómo puede el sujeto relacionarse con meros dobles o espejos? Es necesaria una diferencia, una separación, y allí es donde aparece el objeto odiado.

¿Por qué odiado? Esa diferencia necesaria podría contaminar la masa, perturbarla, por lo que es eyectada y sostenida en el afuera, en la alteridad, y se la odia. Recordemos que Freud (2013a) señala al odio como recurso para diferenciarse del objeto. El odio funciona como reconocimiento rígido del otro, como lo que uno no es. A través de esta negatividad, se conserva su reverso positivo, lo verdadero, la conservación del yo y su singularidad. Por lo tanto, lejos de eliminarlo, como indicaba Freud, se alojaría al objeto y su alteridad desde el odio. Un ejemplo de esto son las personas que se definen a sí mismas como 'anti-' seguido de un adjetivo o sustantivo que indica pertenencia. Son aglutinados y definidos por aquello que odian, por lo tanto, es necesario mantener un lazo con ese objeto para posicionar el propio yo.

Se configura un doble lazo: hay un lazo de masa que se produce porque hay un mismo objeto odiado, al mismo tiempo que se establece una ligazón indisoluble entre el yo y el objeto odiado. No se limita a la repulsión y la separación, sino que hay algo que constituye al sujeto y lo liga con el objeto. Al odiar al otro, se establece una ligazón que implica la necesidad de su presencia.

### **¿Odio sin salida?**

Bien, hasta aquí queda ubicado, entonces, el odio como una especie de válvula de escape al laberinto de espejos que puede crear un algoritmo, dando ilusión de que no existen mayores tensiones interiores. El sujeto puede encontrar una identificación con otros

y ubicarse dentro de una masa como odiador de lo mismo. El yo, que corría peligro de diluirse entre sus propios ecos, en ese plasma indiferenciado, encuentra una alteridad, una diferencia que le permite resguardar algo de su singularidad y definirse, 'no soy eso'.

En "Psicología de las masas y análisis del yo", Freud (2017) señala que el Eros produce ligadura entre los humanos, dando lugar a las masas. Pero para que sea posible hay que ceder ante ciertas renunciadas impuestas por las normas de la comunidad. Por lo tanto, hay cierto sacrificio del yo. Desde el nacimiento, a causa del desvalimiento inicial, el humano se ve enfrentado a las pautas de comportamiento social y múltiples exigencias morales. Justamente, Freud, al comienzo de aquel escrito, señala la complejidad de la relación con el otro de la siguiente manera: "En la vida anímica del individuo, el otro cuenta, con total regularidad, como modelo, como objeto, como auxiliar y como enemigo" (2017, p.67).

La situación general que se plantea en este ensayo señala que dicha complejidad se reduce, a través del odio, al otro como enemigo. Esto lleva a un empobrecimiento del lazo social, como también a una fragilidad, como lo señala Adela Costas Antola: "Si bien el grupo está aglutinado, la desconfianza reina también entre quienes lo componen por temor a ser acusado de traidor si muestran alguna vacilación o debilidad en la certeza que los une" (2021, p.132).

Freud, en su escrito sobre la guerra de 1915, destaca que "...los grandes pueblos, como tales, habían alcanzado (...) una tolerancia tal hacia sus diferencias que «extranjero» y «enemigo» ya no podrían confundirse en un solo concepto" (2013b, p.278). De este modo, la alteridad o lo ajeno al yo podría encontrar otra modalidad, otro destino, que la de mera hostilidad.

El término de extranjero, extranjería, puede remitir a lo que plantea Freud (2013c) en su conferencia "La descomposición de la personalidad psíquica" respecto al síntoma como un subrogado ante el yo, lo metaforiza como una *tierra extranjera interior*. Hace referencia a la parte que permanece "extraña" o "ajena" a nuestro yo, algo así como una especie de territorio no conquistado por la cultura o la moral. Ese elemento ajeno, se explicó en apartados anteriores, originariamente fue expulsado y se lo reencuentra como un objeto hostil. En este sentido, se puede proponer la siguiente articulación: existe una confusión, o incluso una fusión, entre lo ajeno y lo enemigo, que se convierte en el cimiento del odio como lazo. Por lo tanto, el odio como formador de lazo, al funcionar como perturbador de otras relaciones posibles con otros, podría considerarse una manifestación sintomática.

En este marco, el análisis puede pensarse como una vía que consistiría en recuperar o reconocer algo de lo propio en lo extranjero, lo cual podría dar lugar a una diferenciación entre «extranjero» y «enemigo», facilitando otra modalidad de relación entre el yo y el otro. El trabajo apuntaría a mover algo de aquella construcción rígida del otro, lo

cual implicaría, a su vez, un movimiento en el propio sujeto. El poder maniobrar a través de la transferencia podría comenzar a quebrantar algo de la sugestión de la masa.

Poder generar un movimiento libidinal donde el Eros vuelva a dominar el lazo con el objeto y con los semejantes no implica que el odio deje de existir, puesto que, como se fue explorando, forma parte de la constitución del yo. En todo caso, se trataría de encontrar un modo de abordaje más creativo o que permita construir otra cosa. Como escribe Hermann Hesse (s.f) “Cuando odiamos a un hombre, odiamos en su imagen algo que se encuentra en nosotros mismos. Lo que no está dentro de nosotros mismos no nos inquieta” ( p.182). Resulta interesante y relevante que eso comience a inquietar, a conmovir. Una invitación a que eso hable.

## Conclusiones

El odio ha adquirido una dimensión particularmente relevante en la era digital, donde las redes sociales y los algoritmos han transformado no solo la forma en que nos relacionamos, sino también cómo construimos lo propio y nuestra relación con la alteridad. A lo largo de este ensayo, se ha explorado cómo el odio opera como un mecanismo de lazo en un contexto donde la polarización y la fragmentación social parecen ser la norma. Desde una perspectiva psicoanalítica, se ha analizado cómo el odio no solo surge como una respuesta defensiva ante lo percibido como amenazante, sino que también se convierte en un lazo que une a individuos en masas cohesionadas por un enemigo común. Este proceso, potenciado por los algoritmos de las plataformas digitales, refuerza la construcción de identificaciones rígidas, donde la alteridad es reducida a un objeto odiable que debe ser aparentemente expulsado o aniquilado.

En primer lugar, se ha establecido que el odio cumple una función en el establecimiento de la relación del sujeto con el mundo exterior. Siguiendo a Freud (2013a), el odio tiene un origen en la necesidad del yo de preservarse frente a lo que percibe como hostil o displacentero. Este mecanismo, que inicialmente es una respuesta defensiva y constitutiva, se transforma en un modo de lazo social cuando el odio se dirige hacia un objeto común con otros. Así, el odio no sólo separa al sujeto de lo que rechaza, sino que también lo une a otros que comparten ese rechazo, a la vez que, paradójicamente, lo mantiene enlazado al objeto. Este fenómeno se ve exacerbado en las redes sociales, donde los algoritmos favorecen la creación de burbujas informativas que refuerzan las creencias preexistentes y excluyen cualquier forma de disenso o diferencia. En este contexto, el odio se convierte en un lazo social que permite a los individuos sentirse parte de una masa cohesionada, pero a costa de empobrecer la complejidad de sus relaciones.

En segundo lugar, se exploró cómo el odio funciona como un mecanismo de identificación en la formación de masas. Freud (2017) señaló que las masas se articulan no solo a través de la identificación positiva con un líder o una idea, sino también a través del odio hacia un enemigo común. Este enemigo, lejos de ser eliminado, es necesario para mantener la cohesión entre individuos. En las redes sociales, este fenómeno se manifiesta en la creación de 'otros' odiables, que pueden ser personas, grupos o ideas que representan una amenaza para la identidad del yo o de la masa. Este proceso no solo refuerza la identidad del grupo, sino que también permite a los individuos afirmar su yo frente a la alteridad. Sin embargo, esta afirmación se basa en una negación rígida de lo diferente, lo que limita la posibilidad de un intercambio y de una relación más compleja con el otro, menos polarizada.

Además, se analizó cómo los algoritmos de las redes sociales contribuyen a este proceso de polarización y exclusión. Las plataformas digitales están diseñadas para maximizar la interacción y el tiempo de permanencia de los usuarios, lo que lleva a promover contenidos que generan reacciones intensas. Los algoritmos estudian las interacciones de los usuarios y les ofrecen contenidos que refuerzan sus creencias y prejuicios. Se crea así una realidad a medida donde, si no es posible que ese otro piense como yo, es decir, se una a la masa, la alteridad es sistemáticamente excluida o convertida en un enemigo. Este proceso no solo refuerza la polarización, sino que también limita la capacidad de las personas para enfrentarse a perspectivas diferentes y cuestionar sus propias creencias y posiciones. En este sentido, las redes sociales no son simplemente un reflejo de la sociedad, sino un mecanismo activo que moldea la forma en que nos relacionamos con los demás y con nosotros mismos.

Sin embargo, es importante destacar que, si bien el odio puede ser comprendido como un fenómeno originariamente constitutivo del sujeto, ello no significa que no pueda ser trabajado o resignificado. En el último apartado, surgió la hipótesis de que el odio puede entenderse como una manifestación sintomática. Desde una perspectiva psicoanalítica, el odio surge como una respuesta defensiva, pero también originariamente constitutiva. Defensivo, por lo tanto, no debe ser entendido como sinónimo de patológico. Se entiende entonces que el odio puede tener diferentes funciones a lo largo de la vida de un sujeto. En este punto, fue retomada la noción freudiana del síntoma como una tierra extranjera interior, y el trabajo que, desde la práctica psicoanalítica, podría llevarse adelante en relación al odio.

En este sentido, las redes sociales, a pesar del papel señalado como potenciador del odio, también podrían ser un espacio para fomentar el diálogo y la reflexión crítica, incluso como posibilidad de sublimación. En lugar de promover contenidos que generan odio y rígidas dicotomías, en las plataformas digitales, pueden encontrarse perspectivas diferentes y debates constructivos, pero para esto uno tiene que estar posicionado de forma tal que no busque atajar o eliminar lo diferente. Es decir, se trata de trabajar la incomodidad que genera, o puede generar, la alteridad.

Finalmente, es importante destacar que no se apunta a que el odio sea eliminado por completo. De hecho, forma parte de la condición humana y de la relación con el mundo exterior y los otros. Sin embargo, lo que sí es posible hacer es reflexionar sobre sus funciones y despliegues.

Sintetizando, se abordó cómo el odio surge como una respuesta defensiva ante lo que percibimos como amenazante, pero también cómo se convierte en un medio para relacionarse con el objeto y establecer un lazo social que une a individuos en masas cohesionadas por un enemigo común. Este proceso, potenciado por los algoritmos de las

redes sociales, refuerza la polarización y la exclusión, pero también ofrece una oportunidad para reflexionar sobre nuestras propias contradicciones y buscar formas más creativas de relacionarnos con los demás. En última instancia, el odio no es simplemente un fenómeno negativo, sino un indicio de que algo en la relación del sujeto con el mundo exterior puede ser trabajado y elaborado de otra forma, interpelando al propio sujeto.

## Referencias bibliográficas

Caputo, M. (2021). La singularización de lo igual. Las interpelaciones al vecino y a la persona común en plataformas de participación. *Avatares De La Comunicación y La Cultura*, (21), 226-243. Recuperado de [https://www.academia.edu/57378236/La\\_singularizaci%C3%B3n\\_de\\_lo\\_igual\\_Las\\_interpelaciones\\_al\\_vecino\\_y\\_a\\_la\\_persona\\_com%C3%BAn\\_en\\_plataformas\\_de\\_participaci%C3%B3n](https://www.academia.edu/57378236/La_singularizaci%C3%B3n_de_lo_igual_Las_interpelaciones_al_vecino_y_a_la_persona_com%C3%BAn_en_plataformas_de_participaci%C3%B3n)

Costas Antola, A. (2021). El poder unitivo del Odio. Sus efectos en la subjetividad. *Psicoanálisis*, 43(1-2), 125-135. Recuperado de <https://www.psicoanalisisapdeba.org/wp-content/uploads/2021/11/11.-COSTAS.pdf>

Del Ponte, J. (2022, diciembre 14). La crueldad del otro. *Polvo*. Recuperado de <https://www.polvo.com.ar/2022/12/del-ponte-crueldad/>

Eco, U. (2010). *El cementerio de Praga* (Trad. H. Lozano Miralles). Lumen. Recuperado de <https://mefistocastellano.wordpress.com/wp-content/uploads/2013/03/el20cementerio20de20praga20umberto20eco.pdf>

Fernández Miranda, J. (2023, abril 6). El odio como material aglutinante de las masas actuales: El yo y el otro en las redes sociales. *Página/12*. Recuperado de <https://www.pagina12.com.ar/538227-el-yo-y-el-otro-en-las-redes-sociales>

Freud, S. (2013a). Pulsiones y destinos de pulsión. En *Obras completas* (Vol. XIV). Amorrortu.

Freud, S. (2013b). De guerra y muerte. En *Obras completas* (Vol. XIV). Amorrortu.

Freud, S. (2013c). Conferencia 31: La descomposición de la personalidad psíquica. En *Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis*. En *Obras completas* (Vol. XXII). Amorrortu.

Freud, S. (2014a). La negación. En *Obras completas* (Vol. XIX). Amorrortu.

Freud, S. (2014b). El porvenir de una ilusión. En *Obras completas* (Vol. XXI). Amorrortu.

Freud, S. (2014c). El malestar en la cultura. En *Obras completas* (Vol. XXI). Amorrortu.

Freud, S. (2017). Psicología de las masas y análisis del yo. En *Obras completas* (Vol. XVIII). Amorrortu.

Hesse, H. (s.f). *Demian Historia de la juventud de Emil Sinclair*. Recuperado el 17 de abril de 2025 de <https://www.ellibrototal.com/ltotal/?t=1&d=10542>

Sadin, E. (2022). *La era del individuo tirano. El fin de un mundo común*. Caja negra